



Carlos Liscano

1

“Nombrado oficial, Giovanni Drogo partió una mañana de la ciudad para dirigirse a la Fortaleza Bastiani”. Así comienza *El desierto de los tártaros*, novela que Dino Buzzati publicó en 1940. Después de más de 40 años de releerla siento que el atractivo que tiene para mí, además del lo literario, se debe a que fui militar entre los 14 y los 21 años y preso político en una cárcel militar entre los 23 y los 36. Leyéndola entendí algunas cosas de mi vida y también cómo se forma un militar que luego tortura y mata a sus conciudadanos. Los militares de Buzzati, de tanto esperar a los tártaros, acaban pareciéndose a ellos, igual que los militares de verdad de estas comarcas.

La historia transcurre en un no-lugar y fuera del tiempo. Los militares siempre están fuera de la sociedad. Pueden estar en la ciudad, volver todos los días a su casa, pero su vida no sigue los hábitos de los demás ciudadanos. La sociedad no los deja fuera, sino el aislamiento en los cuarteles. Los militares creen que son los civiles quienes están fuera. Ese es el peligro: si están fuera pueden ser considerados enemigos.

Drogo, a caballo, se encuentra con el capitán Ortiz, que regresa a la Fortaleza después. Se saludan y siguen juntos el trecho que falta. Drogo aprovecha la conversación con Ortiz para enterarse de qué es lo que le espera. La Fortaleza ¿es “grandiosa”? No, es pequeña, viejísima, de segunda categoría, ubicada en un trozo de frontera muerta. Del otro lado hay un gran desierto, que llaman “de los Tártaros”. No hay tártaros. Quizá hubo, pero ahora es solo una leyenda. La Fortaleza nunca sirve para nada. Lo único que se hace ahí es esperar a los tártaros, que nunca han sido vistos, pero tampoco se ha demostrado su inexistencia y ahí está el peligro.

Llegan. A Drogo la muralla le parece un mundo ajeno, infinitamente alejado “de su vida normal”. Decide que se irá enseguida “a la llanura, a su ciudad, a sus viejas costumbres”. No le importa que eso sea tomado como una debilidad “vergonzosa en un soldado”. El comandante lo convence de que espere cuatro meses para pedir el traslado. Drogo acepta. Lo que no sabe es que 120 días de rutina cuartelera pueden cambiar para siempre la vida. Pasarán más de 30 años en los que se irá embruteciendo cada día.

¿Por qué decide quedarse? ¿Por vocación, aspira a morir por la patria? Más adelante “reconocerá las míseras cosas que lo ligan a la Fortaleza ... el entorpecimiento de los hábitos, la vanidad militar ... el monótono ritmo del servicio”. Cuando esté viejo y el tártaro avance, Giovanni, enfermo, será enviado a casa, sin combatir.

En la Fortaleza el tiempo deja de tener significado. La repetición diaria de las mismas cosas hace que la vida pase sin que se note. Se congelan los afectos, las ilusiones, las emociones. El peligro de los tártaros domina la existencia. Giovanni es víctima del sistema y también es víctima de la pasividad con que se entrega a la espera sin objeto. La fascinación por el posible enfrentamiento con el enemigo lo vuelve responsable de su desgracia. A la tristeza que causa la vida de Giovanni, se agrega el rechazo que genera su falta de resistencia.

2

Como dije, fui militar y no fui bueno en eso. Nunca me acostumbré al aburrimiento del cuartel, aunque no es aburrimiento lo que provoca la vida cuartelera. El aburrimiento



genera inquietud, descontento. El aburrimiento produce al desconforme, al creativo. Al militar no lo domina el aburrimiento sino la acedia, concepto religioso que surge de la experiencia monástica en los siglos IV y V. 'Acedia' es pereza, flojedad, tristeza, angustia, indiferencia, indolencia, descaecimiento, languidez, tristeza.

La vida cuartelera produce el mismo resultado que la monacal. Son existencias aisladas, regidas por reglamentos simples y estrictos en un mundo masculino. Los individuos repiten las mismas actividades día tras día. Eso provoca acedia.

Cuartel, cárcel y monasterio tienen similitudes. La soledad de la cárcel provoca un aburrimiento que, si la prisión es prolongada, afecta la conducta para toda la vida. El aburrimiento del cuartel es peor porque paraliza y reseca los sentimientos. El preso está en la cárcel por obligación. El militar está en el cuartel porque quiere. El militar nunca está ocioso. El ocio es la “cesación del trabajo”. En el cuartel nunca hay “cesación del trabajo”. Lo que causa el tedio del cuartel es la actividad rutinaria y monótona, no el ocio. El militar acaba creyendo que la vida normal es la del cuartel y no la de los ciudadanos. Para el militar las obligaciones civiles no le parecen obligaciones, pueden cumplirlas o no. En cambio, en el cuartel hay obligaciones de verdad. Todo está previsto, con normas claras para cada situación, como lo indica el toque de corneta. La corneta y la burocracia castrense son el orden perfecto. Si hay un lugar donde la burocracia domina la vida, es el cuartel. Pero detrás de la burocracia castrense solo hay cosas sin vida. Si no existieran no se notaría su ausencia.

El militar se prepara para matar. Lo único que se precisa para matar es un alto grado de embrutecimiento, que se consigue haciendo durante años cosas inútiles. Una vez embrutecido el individuo está preparado para matar, violar, torturar, robar, enterrar cadáveres de civiles en un pozo al fondo del cuartel.

En *El desierto de los tártaros* Giovanni Drogo “contemplaba los tétricos muros, sin conseguir descifrar su sentido. Pensó en una cárcel, pensó en un palacio abandonado”. Sentía que “todos allí dentro parecían haber olvidado que en alguna parte del mundo existían flores, mujeres risueñas, casas alegres y hospitalarias”. Buzzati usa la palabra “cárcel” y lo hace con total propiedad. En ninguno de los dos lugares hay flores, mujeres, hospitalidad.

A Drogo, recién llegado a la Fortaleza, “le pareció encontrarse entre hombres de otra raza, en una tierra extranjera”. En ese momento viene de su casa, viene de la sociedad civil. Llegarán los días en que la “otra raza” serán los civiles y los militares la propia. Los civiles son para los militares una raza incomprensible, con la que deben compartir el territorio. El civil solo vive para escaparle a los aspectos duros de la existencia, busca lo cómodo, cree que tiene derechos. Para el militar por encima de cualquier derecho está el deber. El civil discute por cualquier cosa. El militar no discute, recibe órdenes y cumple. Para el militar la sociedad civil es un mundo lejano y extraño. A veces se siente superior a todo civil y otras sospecha que el civil lo desprecia.

El miedo del militar es a la libertad que ejercen los civiles. Al “desorden” de la sociedad, opone la organización y la disciplina del cuartel, donde no hay libertad, pero sí seguridad. Fuera del cuartel hay que elegir, decidir. Eso genera incertidumbre, inseguridad. Eso es la vida civil. Para el militar la inseguridad no existe. Tampoco la libertad.



El militar cree en la existencia del enemigo. ¿Quién es el enemigo, dónde está? Cualquiera puede llegar a serlo y atacar en cualquier momento el enemigo atacará.

3

No pretendo explicar la dictadura ocurrida en mi país entre 1973 y 1985 a partir del comentario de una novela. Sospecho que la historia del teniente Drogo, su embrutecimiento, la espera constante del enemigo, es común a todos los militares. Ante la necesidad de encontrar un enemigo los militares “descubren” que el enemigo es la sociedad civil. Los militares se vuelven tártaros de su propio pueblo. Hasta que un día atacan. No necesitan invadir. Ya están dentro, donde tienen aliados, colaboradores civiles. Para restituir el “orden social”, empiezan por destruirlo todo, el presente y el pasado, para poder construir un futuro que los justifique. Sus consignas son simples y parecen ingenuas o ridículas. Están contra lo foráneo, lo extranjero, lo antinacional. Aplicarán “mano dura”. Restaurarán la moral, los valores, reeducarán a la población mediante el terror y el exilio obligado.

La corporación militar es una fuerza de ocupación, toma a la población de rehén y coloniza el Estado. Esa fue la épica de la dictadura en Uruguay. Una vez que se hacen con todo el poder descubren el sabor de la miel del Estado. Usurpan miles de cargos: presidente, ministros, embajadores, directores de empresas públicas. Esos puestos significan muchísima plata va a los bolsillos de los militares.

Los militares uruguayos fueron formados en la tradición que describe *El desierto de los tártaros*. Ganaron la guerra contra civiles desarmados, obreros, estudiantes, empleados estatales, intelectuales, docentes, artistas. Sospecho que, además de dinero, ser dictadores también los ayudó a liberarse de la acedia.

Nota: Las citas de *El desierto de los tártaros* están tomadas de la traducción de Esther Benítez, edición de Alianza Editorial, Madrid 1976.